

UNA HISTORIA, DE ABUELA

Para ti Lucas, en el día que cumplís 5 años. Es un regalo-relato..., algo que vivimos juntos, todo lo que disfrutamos...algo que deja huella.

—¡Dale, Ye Ye! ¡contame de la primera vez que me quedé a dormir en tu casa!

—Bueno, Lucas, si parás de saltar en el sommier con el “¡Lito - Ye Ye, Lito - Ye Ye” y al final me decís la palabrita mágica...

—Casi a punto de nieve estaban las claras y *riing riing*, con ritmo de **cascabeles**, comenzó a sonar el teléfono. Era Silvana, tu mami, muy entusiasmada: ¡Mamá, hoy con Gonzalo tenemos un casamiento! ¿Lucas se podrá quedar a dormir en casa? ¡Ah, y me olvidaba! ¡Zas, ahí viene el mangazo!, intuí al instante: ¿Tendrás unos **zapatos** y algún **chal** para prestarme? Shhh, Lucas, ¡un secreto!: traslucía en su voz su cálida y compinche **sonrisa**...

¿Sabés, querido?, si bien a ti, te veía casi a diario, aquella era la primera vez que te quedarías a dormir. Íntimamente, pues, desde algún lado de mi cerebro surgió una aterrorizante duda: ¡Oh, socorro! ¿Y si el nene extraña, y llora toda la noche? Sin embargo, mi corazón dictó la respuesta: ¡Claro que sí, buenísimo que se quede! ¡Vayan y diviértanse mucho! Y seguía, bien, bien generosa...: Mañana, vengán a buscarlo sin apuro. ¡Ah, y cuando quieras pasá a ver si encontrás algo en mi ropero!

Por lo tanto, sin recordar el alicaído merengue, llené el “cuarto de los niños” de luz y aire fresco, armé la **colorida pista de autos** y antes de bajar la persiana, con ternura, arrojé al **osito** “de la guarda”. Hoy tendrás un compañerito de sueños, le murmuré acariciándolo.

Riing riing, otra vez, entonces, sonó el teléfono. Esta vez era tu abuelo Lito. También muy contento, me contaba: Gordá, hoy de noche, después de la paleta, hay asado en lo de Ernesto. Otra duda. Caí sentada sobre la **pizarra mágica**: ¿sola podré arreglarme con el nene?

Disimulando como una diosa, le dije comprensiva: ¡Gordo, qué bueno!
¡Por supuesto que te vas a arreglar con el nene!, pareció tranquilizarme la
sonrisa de mis hijas con coletas en un portarretrato...

Rumbo a la cocina, mis pensamientos en zigzag, entre pasado y
presente, volaban como **avioncitos**: Mmm, ¿cómo serán... ¡tantas horas!
con un nieto **varón**? Yo solo tuve **nenas**, ¡las horas pasaban entretenidas
jugando a las **casitas** debajo de la mesa! Pero..., ¿y los varones? Mmm,
¿con qué se entretendrán...? Como aterrizando en una pista de merengue
exclamé patinando en una **cáscara de banana**: ¡Algo inventaremos...!

—¿Y?

—Mucho, mucho más tarde, así como a la hora en que tu mami en
el casamiento, vestida con mi **ropa** de pies a cabeza, bailarías ¡Dale a tu
vida, Macarena!, y tu abuelo Lito, cantaría otro ¡Vale cuatro!, tú, muy
sentadito en la cama grande, como el dos de oro, y por quinta vez
consecutiva, me pedías: “Ye Ye, ¡leeme otro cuento!”. Al prender la luz de
mi portátil fue cuando escuchamos aquel *chuff* de un cortacircuito. Debo
ir hasta la llave térmica que está en el garage, te dije. Pero, ¿cómo bajar
dos pisos, con el niño y... a oscuras?, temí. Ye Ye ¿por qué se apagó la
luz?, me preguntaste como un angelito. ¡Porque es la hora de jugar a los
campamentos!, sacando la **linterna** del cajón, resolví rápidamente.

—¡Sí, Ye Ye!, ¡ya lo recuerdo!, entre sábanas levantadas que hacían
de carpas, me contabas divertidas historias... Me hacías *Uuuu*, como que
soplaba el viento y ¡*Capummm!*, como ruido de tormenta. ¡Ah, Ye Ye!,
¡qué inventora!, formas de **conejos** me hacías en el techo, solo con tus
manos y el haz de luz de la linterna. ¡Más divertido que la **pista de
autitos**...!

—Cierto, y después te dije “¡nos vamos de expedición!” y,
despacito, de la mano, bajamos, *charán charán*..., rumbo a la llave
térmica. ¡Ahhh, si nos hubiera visto tu mamita...! ¡Por lo tanto, cuando
llegó el abuelo Lito, entre **libros**, **vasos** de plástico y migas de galletitas,
los dos dormíamos plácidamente. ¿Qué lugar le quedaba en la cama
grande? ¡Mínimo! Sin dudar, pues, silenciosamente, emigró al cuarto de

los niños ¿Sabés, Lucas? El **osito** “de la guarda” no pudo dormir en toda la noche... ¡por el *jjjj jjjj* de su compañerito de sueños!

—¡Pobrecito! Y a la mañana, ¿qué hicimos?

—Afortunadamente, como grupo de apoyo ya estaba tu abuelo Lito... ¡Allá en la vereda!, ¡qué espectáculo para los vecinos! ¡Qué buen estado físico tiene el abuelito!, murmuraban en la esquina. Consejos técnicos, habilidades innatas, golazos tras atajos, **pelotas** que volaban, “rescates” ingeniosos para no hacerle ¡rinnng rinnng!, ¡otra vez!, al vecino. ¡Todo se mezclaba con **carcajadas**...! Fútbol, **basketball**, **rugby**, **paleta**, **golf**... ¿Con qué terminaron?, ¡sacando una **caña** de **pescar** y lanzándola al **pasto**! ¡No doy más!, con los ojos en blanco suspiró tu abuelo Lito, a las diez de la mañana, arrastrándose hacia el control remoto. ¡Horas faltan para que vengan a buscar a este niño! Mmm..., ¿adónde llevarlo para que se canse un poco?, planeé. ¡A la playa!, exclamé, como **autito** a control remoto con las pilas recién cargadas.

—¿Y?

—Lucas, ¡No enfiles para el garage, vamos en el ómnibus! —te comuniqué, angelito. Así, de la mano, pues, fuimos caminando a la parada... A cada medio paso juntabas **palitos** para el **asado** y “hacías de cuenta” de que le sacabas una foto a un **caballito**. ¡Muy bien!, te aplaudía... **Previsión** e **imaginación**, ¡siempre, necesarias! ¿Y el ómnibus, cuánto demora?, sssss, me atomizabas a cada minuto, ¡quiero llegar a la playa!, insistías.

¡Por favor!, necesito una idea, ¿cómo entretener a este niño tan inquieto, mientras tanto? ¡Mmm!, ¿a ver?, pensemos, como abuela, ¿qué desearía enseñarle a mi nieto?, ¿cómo dejarle una hermosa **huella**?, me pregunté amándote mucho y valorando mi experiencia. El color del **cielo** me dio la idea: ¡qué mejor para un nieto que un abuelo o abuela sea como un cable a tierra!, que le hable de esas simples maravillas que día a día nos regala la **naturaleza**, esas que no tienen valor pesos, y con años, sin tanta prisa, es más fácil descubrirlas. ¡Oh, sí!, quizás sea mucho más sencillo explicarle a un niño las cuatro estaciones del año, a través de las **hojas** de los **árboles**, o que todo pasa, a través de los colores de un

arcoiris, o que a veces la belleza no se toca, sino que se siente. ¡Así!, el pío pío de un **pajarito**, una **flor** que perfuma el rocío, una ola gigante que contra una **roca** hace *Splashhh* y se convierte en millones de gotitas...

Lucas, te juego una carrera hasta el ómnibus. ¡Dale!, ¡corré rápido, si no tenemos que esperar otro!, te dije de pronto, cortando tantas reflexiones.

—¿Y quién ganó, Ye Ye?

—Tú me ganaste, yo te detuve. Te expliqué algo que no debe pasar de moda: Lucas, ¡hay que ser caballero, primero suben las señoras! Y así llegamos a la playa e hicimos ¡*uffff!* al descargar tanto peso. “Estudiando” a la **sombrilla** de al lado, rápidamente te entusiasmé: Lucas, ¡mirá esos cinco nenes! ¿Querés jugar con ellos? Por supuesto, tú, nada tímido, no necesité repetírtelo, allá te ibas con tu palita **roja**.

¡*Uuuu!*, comparé al instante, ¡qué distinto ser abuela que ser madre!, por ejemplo, si este nene, siquiera se raspara una rodilla... ¡me zambulliría en un pozo para siempre! ¡Oh, no, ni pensarlo! ¿Cómo decirle a sus padres?: “El nene se me lastimó” ¡Evidentemente esto de ser abuelos es responsabilidad a la máxima potencia!

Como sabuesa, entonces, te perseguí con la mirada, y como Sherlock Holmes, estudié cada movimiento de la **sombrilla** de al lado. ¡Enseguida lo percibí!: los nenes, entre **palas** y **carcajadas**, cavaban un pozo. Sin embargo, tú, Lucas, muy paradito, no te integrabas, tenías una expresión de tristeza ¡tan, tan grande en la mirada!, que, literalmente, ¡me dolió el alma...! Como resorte, pues, me levanté de la **lona** y en menos de dos zancadas ya estaba a tu lado, con infinita ternura, ¡intuyéndote!: Lucas, ¿qué te pasa? ¡Contame!

—Ye Ye, ¡los nenes no quieren jugar conmigo!, me contaste al borde de las lágrimas. ¿A quien tendré que agarrar del pescuezo?, irónica, casi perdiendo mi compostura, me pregunté **acalorada**...

Muy lentamente, entonces, comencé a quedar en cuclillas en la arena. Deseaba llegar exactamente a la altura de la mirada de aquellos pichoncitos malvados... ¡*Grrrrr!*, gruñía mi alma. Le dolía tanto egoísmo.

¿Cómo podía ser posible que un niño hiciera sufrir a otro niño? Y ¿por qué, justamente, le había tenido que ocurrir a mi chiquito! ¿Estuvo en mí haber podido evitarlo...? ¿Podría esconderte del dolor en una cajita de porcelana? ¡Difícil! ¡La vida está en marcha!, me dijeron mis años, ¡que nunca, nadie, bien los sabe...! Por lo tanto, en responsable posición de adulta, con tono amigable, me presenté a los niños del pozo:

¡Hola, chicos!, ¿cómo están? Yo soy la abuelita de Lucas. ¿Verdad que puede jugar un ratito con ustedes...? ¡Nooooo!, me respondió el “gran jefe” de la banda. ¡No titubeó su mirada!, ¡era desafiante...! Ye Ye, ¿qué te dijo el nene?, ¿van a jugar conmigo?, me preguntaste con tu natural pureza. ¡Horror!, ya me veía, hoy de noche salgo en el informativo: ABUELITA DESQUICIADA EN PLAYA POCITOS. ¡Ja ja ja!, sonreí para mis adentros, mi inquieta cabecita comenzaba a elaborar una interesante “estrategia” Así que, ¡otra vez en cuclillas!, le regalé la mejor de mis **sonrisas** al “gran jefe” y a bocajarro le largué una demoledora pregunta:

Y... ¿por qué, no? Tragó saliva el “pichoncito”. ¡No se la esperaba! Débilmente argumentó: Porque soy más grande. Y... ¿Cuántos años tenés? Ocho. ¡Ah, qué bien!, acoté, sin que se notara el grrrr en mi sonrisa... Ya lista para dar el paso número dos del plan, con cara de estar saboreando un delicioso helado de chocolate, busqué al nene con más, más cara de bueno del grupo. ¡Pum pum!, hacía mi **corazón**. Me estaba jugando la última baraja.

Y tú, nene, ¿cómo te llamás?, ¿cuántos años tenés?, le pregunté al gordito lindo, sin mover una pestaña. Me llamo Federico y tengo cuatro años; soy argentino. ¡Oh casualidad, la misma edad de Lucas! ¡O sea que pueden divertirse mucho juntos! Y argentino, ¡genial! Es tan lindo hacerse amiguitos nuevos. ¿Sabés?, mi mejor **amiga** vive en Salta, ¿conocés...? ¿Verdad, Fede, que querés jugar con Lucas?, le susurré con sonrisa de **pop acaramelado**. Igual hice con Juancho, con Enzo y con Marquitos. Todos, encantadísimos, aceptaron jugar contigo. Tanto es así que al poco rato, después de un buen trabajo en equipo en el pozo... ¡hasta el “gran jefe” me mostró una **sonrisa** “de helado de **chocolate**”!

¡Oh, nada mejor que ver a un nieto feliz!, ya sacudiéndonos la arena, filosofaba entre nubes de algodón **rosado**. ¡Oh, sí, realmente ser abuela es maravilloso, se desempolvan tantas emociones de la niñez! Qué bien hace un poco de ¡chauuu! al tic tac! No vivir tan pendiente de ¡lo que tengo que hacer! sino de ¡lo que quiero hacer!

Mmm... ¡Adivina, adivinador, imaginé! ¿Qué más son los nietos, además de divertidos? ¡Oh, sí!, ¡ya sé!: son **magos**... Tienen una galera ¡siempre llena de “sorpresas” y una **varita** bien “mágica”!: su brillante **sonrisa**. Apenas nos toca y *pliiimmm* nos viene amnesia: ¡chau nanas y rezongos por los descuentos en la jubilación!

¡Muy bien! ¿y qué más son? Mmm..., ¡ah sí, también, grandes **maestros**! Nos piden: ¡Siempre mejor la verdad, sin preocuparse por meter la pata, ni del que dirán!

Ye Ye, ¡tengo hambre...! ¡Oh no!, desde la nube de algodón **rosada** me hacías aterrizar en la parada del ómnibus. Antes que, ¡otra vez!, sssss, me atomizaras, grité: ¡Taxi, por favor! Una vez más, sssss, pidiendo capelettinis, bajaste del taxi. Ya tu madre, como **soldadito**, estaba en la puerta, esperándonos... Desesperada como si no te hubiera visto en una semana, venía zummm como una **flecha**. Primero, minuciosamente constató si estabas “sano y salvo”; luego entre mimos y abrazos te hizo *pliiimmm* con su **sonrisa** y te convirtió en maleable **plasticina** azucarada. Después... ¡Vámonos a casa...!

Allá, de la mano, los veía irse alejando... Iban conversando, pegaditos como **pop acaramelado**. El corazón me hacía *Chuuu chuuu* como **trencito**. Sentía dos emociones muy contradictorias; por un lado, con ja ja ja pensaba en el *jjjj jjjj* para recuperarnos de tanto ejercicio, por otro lado, con el *snif snif* ¡yaaaaa extrañaba tu **sonrisa**...!

¡Chaaaauuuu, Lucas!, toda despeinada, hambrienta y molida pero con cara de “helado de **chocolate**”, te grité desde lejos. Ahí tuve la “**frutilla** de la torta”.

De pronto, ¡zas!, me pareció que algo recordaste... ¡Ahí nomás, como ¡Capummm! te diste vuelta y ffff ...a toda velocidad, con los brazos bien abiertos como **avioncito**, ¡volvías corriendo...!

¡Así llegabas, Lucas...! ¡Embaladísimo! ¡A pura inocencia...! ¡Desflecando la brisa en tu carita! ¡A pío pío de pajaritos!

Me venías a traer un regalo, envuelto en tu sonrisa. ¡Era sencillo, pero profundo...! ¡Que se siente y no tiene precio...! ¡Algo que deja huella! ¡Algo que no se olvida!: una palabrita mágica.

—¡ABUELITA YEEEE YEEEE!

—Y como ya bajaste del sommier, ¡te corrí por toda la casa!

Autora – María Cristina Galeano

cristinagaleano@netgate.com.uy